

REPUBLICANOS Y NACIONALISMO. EL IMPACTO DEL CATALANISMO EN LA CULTURA POLITICA REPUBLICANA

Angel Duarte
Universitat de Girona

En los últimos tiempos las aproximaciones historiográficas al nacionalismo catalán van dejando de estar condicionadas por el dilema planteado entre quienes veían en el catalanismo el recurso de una burguesía periférica que habría fracasado en sus intentos por asegurarse una presencia estable en la dirección del estado, y aquellos otros que reclamaban para los sectores populares el protagonismo en la preservación de una conciencia diferenciada¹. El relevo está pasando a manos de quienes tratan de reseguir las diversas tradiciones culturales que, convenientemente transformadas, proyectan el entramado de ideas y concepciones sobre el que se alza el discurso operativo del catalanismo político². La intención de estas líneas es la de poner de relieve la conveniencia de efectuar, en paralelo, el estudio de las repercusiones que la irrupción del nacionalismo tuvo en otros campos ideológicos.

En la España del cambio de siglo las culturas políticas no eran cuerpos de doctrina cerrados y capaces de evitar la contaminación que provenía de los discursos alternativos. La eclosión del catalanismo introdujo argumentos nuevos que obligaron a la modificación de los princi-

¹ Por razones de espacio evito la referencia concreta a las obras, bien conocidas, de Pierre VILAR, Jordi SOLÉ TURA, Josep TERMES o Félix CUCURULL. La misma razón explica que sólo se incluyan las referencias bibliográficas imprescindibles.

² J. M. FRADERA, «El vigatanisme en la transformació de les tradicions culturals i polítiques de la Catalunya muntanyesa (1865-1900)», en M. RAMISA, *Els orígens del catalanisme conservador i «La Veu del Montserrat» 1878-1900* (Vic: 1985). También, P. ANGUERA, *L'ombra de l'estel blanc. Estudis sobre el catalanisme polític* (Reus: 1989).

pios tácticos de las restantes culturas y las forzó a buscar las respuestas adecuadas para hacerle frente. Ello es especialmente claro para ciertas corrientes que, como el carlismo o el republicanismo, habían conseguido puntualmente articular movimientos de masas.

La doble dinámica de contaminación y rechazo se dio, en primer lugar, en la organización y en las formas de movilización. Es decir, en las nuevas dimensiones dadas, desde 1890, a la oferta de espacios de encuadramiento social. En segundo lugar, la interacción se detecta en el discurso político. La modernización de la sociedad y la depuración de las reglas del juego político o el sentido de comunidad y de fidelidad al pasado podían ser asumidos, redefinidos y dotados de una mayor eficacia en el seno de la cultura catalanista. Una cultura que, además, mostraba una gran creatividad para dotarse de referencias emotivas —en gran medida, tradiciones inventadas— destinadas a facilitar la cohesión de amplios colectivos sociales³. Finalmente, la competencia se dio en el terreno del control político sobre una colectividad concreta. Ayuntamientos y diputaciones fueron, en este sentido, el escenario de arduos conflictos electorales y post-electorales.

Esta triple colisión se encuentra en la raíz de la revisión estratégica vivida por las citadas corrientes políticas a fines de siglo. Ciertamente no fue éste el único factor desencadenante. El impacto del reformismo liberal y la incidencia de las crisis coloniales, el fracaso de las insurrecciones zorrillistas, la revitalización obrerista y la incorporación de las masas como sujeto político coadyuvaron al replanteamiento de las culturas políticas de base popular. El interés por incorporar alternativas a la cuestión social o la transformación de las formaciones de notables en partidos que daban prioridad al encuadramiento de la militancia serían dos de las manifestaciones más significativas, aunque no las únicas, de ese replanteamiento⁴. Sin embargo, en Cataluña todo ello hubiese dado un resultado distinto de no existir el papel catalizador del catalanismo.

³ E. HOBBSBAWM & T. RANGER, *The Invention of Tradition* (Cambridge: 1983), pp. 1-14. Ll. PRATS, *El mite de la tradició popular* (Barcelona: 1988).

⁴ El impacto del sufragio universal en Javier TUSELL (ed), *El sufragio universal* vol. III. 1991 de Ayer (Madrid: 1991). Para los republicanos, D. CASTRO, «Los republicanos madrileños durante la primera fase de la Restauración», en A. BAHAMONDE y L. E. OTERO, *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)* v. II (Madrid: 1989), pp. 40-57. Para el carlismo, Jordi CANAL, «Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)», *Historia Social* n.º 15 (Valencia: 1993), pp. 29-47.

El republicanismo catalán ante la irrupción del nacionalismo

Aquí intentaremos presentar los rasgos de esa interacción en relación a la cultura republicana y para fines del siglo XIX, años en los que empezó a plasmarse un cuerpo de ideas que permitirá, poco más tarde, el despliegue del movimiento nacionalista. Para fijar las raíces de este proceso, y partiendo de la hipótesis de Antonio Elorza del triple fracaso —industrializador, democrático-burgués y cultural— del estado español en el ochocientos, habría que dar un mayor relieve al esfuerzo de definición —en términos nacionales y de dominación clasista— del estado restauracionista, a fin de entender el carácter, en gran medida reactivo, de los nacionalismos periféricos. En ese sentido cabría enumerar los proyectos de unificación legislativa, la sistematización del conocimiento del territorio, o la fijación de los conceptos de nación, estado o patria. Al mismo tiempo, para explicar el éxito finisecular de la versión regionalista conservadora no se pueden olvidar los logros del régimen canovista en la desarticulación política de los sectores populares, con la consiguiente pérdida de empuje del particularismo de raíz federal⁵. Por último, toda reflexión sobre los porqués de la eclosión del catalanismo, tendría que incluir los cambios registrados en la estructura social catalana en los veinte años que transcurren alrededor del cambio de siglo. Especialmente aquellos que apuntan al impacto de la mecanización, a la redefinición de las tensiones campo-ciudad, y a la cohesión sectorial de los núcleos de intelectuales, profesionales y técnicos⁶.

El republicanismo español, como es sabido, deviene bajo la Restauración un proyecto explícitamente plural⁷. La experiencia institucional

⁵ A. ELORZA, *La modernización política en España* (Madrid: 1990), pp. 277ss. P. VILAR, «Estat, nació, pàtria, a Espanya i França: 1870-1914», en *Reflexions d'un historiador* (València: 1992), pp. 38-39. F. NADAL, *Burgueses, burócratas y territorio. La política territorial en la España del siglo XIX* (Madrid: 1987), F. NADAL y L. URTEAGA: «Cartografía y Estado: Los Mapas Topográficos Nacionales y la estadística territorial en el siglo XIX», en *Geocrítica* 88 (VI.1990), pp. 7-93. L. GARCÍA i SEVILLA, «Llengua, nació i estat al Diccionario de la Real Acadèmia Espanyola» i «Castellà i espanyol...», en *L'Avenç* 16 i 17 (V y VII.1979), pp. 50-55 y 26-31. PERE GABRIEL, «Anarquisme i catalanisme», en J. Termes et al.: *Catalanisme: Història, política i cultura* (Barcelona: 1986), p.197.

⁶ J. CASASSAS, «La configuració del sector «intel.lectual-professional» a la Catalunya de la Restauració (a propòsit de Jaume Bofill i Mates)», en *Recerques* 8 (Barcelona: 1978), pp. 103-131. B. DE RIQUER y P. GABRIEL en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares* (Madrid: 1992), pp. 21-60 y 61-94.

⁷ C. DARDÉ «Los partidos republicanos en la primera etapa de la Restauración (1875-1890)», en J. M. JOVER (dir.) *El siglo XIX en España: doce estudios* (Barcelona, 1974). A. DUARTE, *El republicanisme català a la fi del segle XIX* (Vic, 1987). R. A. GUTIÉRREZ LLORET, *El republi-*

de 1873 ha decantado los elementos que cohabitaban bajo la etiqueta republicana. Socializantes y conservadores, unitarios y federales apuestan por estrategias contrapuestas. Simplificando, podríamos convenir que los seguidores de Emilio Castelar, convencidos de que la consolidación de la república solo puede darse en la medida que la democracia deje de verse como una amenaza para la propiedad y el orden, defenderán una estrategia gradualista, confiarán en que la progresiva apertura del sistema canovista convierta en innecesario el papel moderador de la Corona y propiciarán un tránsito sin sobresaltos a un régimen republicano. En el otro extremo, el republicanismo intransigente, consciente de la incapacidad de la Restauración para integrar la movilización política de los sectores marginados por el sistema, ensayará diversas estrategias. Algunos persisten en confiar la suerte de la democracia a la perspectiva insurreccionalista. Otros, intentan la apelación al único sujeto que se entiende como radicalmente antagónico al bloque de poder y a la ideología dominante: el *pueblo*⁸.

En Cataluña esas grandes líneas tienen una trasposición exacta. La simetría con la política española es perfecta. Posibilistas, progresistas, centralistas y federales organizan sus comités y centros, editan sus respectivos periódicos y establecen sus estrategias electorales de forma autónoma. Con todo existe un punto de contacto entre todas las corrientes. Todas ellas confían que la reinstalación en España de un régimen republicano contribuirá a la modernización y a la regeneración del estado y de la sociedad. Un punto de contacto que, aunque parezca obvio, nos sitúa ante un rasgo que conviene resaltar. Los republicanos catalanes entendían Cataluña como una realidad peculiar inscrita en un marco que no se pone en discusión: España. España es la nación que hay que reformar; la política catalana no es nada más que política española desarrollada desde la periferia.

La irrupción del catalanismo político alteró ese estado de cosas. No es preciso compartir la perspectiva que atribuye la creación de la

canismo en Alicante durante la Restauración (1875-1895) (Alicante, 1989). M. MARTÍ, «Resistència, crisi i reconstrucció dels republicanismes valencians durant els primers anys de la Restauració (1875-1891)», en *Recerques* 25 (Barcelona, 1992), pp. 73-101. D. CASTRO ALFÍN, «Jacobinos y populistas. El republicanismo español a mediados del siglo XIX», en J. ÁLVAREZ JUNCO (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico* (Madrid, 1987). M. SUÁREZ CORTINA, «Democracy and Republicanism in Restoration Spain», en *Parliaments, Estates and Representation* 12-1 (VI.1992), pp. 73-84.

⁸ E. UCELAY-DA CAL «Acercas del concepto «populismo»», en *Historia Social* 2 (Valencia, 1988), p. 55.

Nación a los *nacionalismos*⁹; para poder sostener que el discurso nacionalista crea una realidad en gran medida inédita. Puede afirmarse que en la España finisecular el catalanismo facilita la aparición de un nuevo marco para la acción política: Cataluña. Ciertamente, los republicanos no dejan de articular sus propuestas programáticas en términos españoles, pero tienen que adaptarlas a ese nuevo marco que, en gran medida, les viene impuesto.

Las repercusiones organizativas

En el último cuarto de siglo, los partidos republicanos se dotaron, en Cataluña, de una sólida red de directorios y comités locales y provinciales que penetraban buena parte del territorio¹⁰. A través de ellos, federales y unitarios fueron capaces de garantizarse una efectiva presencia en el combate electoral y de asegurarse el control —sin obviar el recurso a la adulteración del sufragio— de determinadas circunscripciones. La proliferación, en la última década del siglo, de comités de unión republicana surgidos de la iniciativa de unas bases críticas ante la fragmentación y el personalismo de las formaciones que arrancaban del Sexenio, no comportan una revisión en profundidad de las estructuras de acción política. Sería en el tramo final del siglo cuando esa revisión tuvo lugar. No puede decirse que el catalanismo representase un peligro inminente para la hegemonía republicana en este ámbito. Las vacilaciones que en el seno de este movimiento se registraban alrededor de la oportunidad de la lucha electoral y su misma juventud impedían que el salto organizativo fuese rápido y eficaz. Pero, con todo, introdujo una variante remarcable. Hacia 1890, un posibilista de Reus y un federal de Figueras, al margen de sus esfuerzos por extender su influencia en el ámbito comarcal más próximo, tenían un contacto más estrecho, en términos de fidelidad doctrinal y de dependencia orgánica, con Madrid que con Barcelona, con Castelar o Pi y Margall que con Eusebio Corominas o Josep M. Vallès i Ribot. Los únicos que contaban con una estructura organizativa catalana realmente operativa eran los federales (Consell Regional), y con todo saltaban por encima de ella con gran facilidad, en especial cuando lo requerían las luchas internas.

⁹ E. GELLNER, *Naciones y nacionalismo* (Madrid: 1988), p. 80. E. J. HOBBSAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona: 1991), p. 18.

¹⁰ Relación en A. DUARTE, *op. cit.*, pp. 161-189, y *Possibilistes i federals. Política i cultura republicana a Reus (1875-1899)* (Reus, 1992), pp. 317-334.

En definitiva, la acción política se desarrollaba en dos niveles complementarios: el local y el estatal. En cambio, el mismo posibilista reusenense y el mismo federal ampurdanés, pocos años más tarde, habrán asumido —y, aquí es donde se hace patente la repercusión del catalanismo político— la necesidad de hacer política catalana. Y, para ello habrán de dotarse de unas estructuras organizativas adecuadas que les permitan cohesionar los ritmos y los intereses de las distintas colectividades que formaban parte de la comunidad republicana en Cataluña.

El proceso de homogeneización no fue fácil. Y no lo fue por tres motivos. El primero, derivado de las dificultades inherentes a la conversión de Cataluña en un marco político autónomo realmente operativo¹¹. Dificultades que nacían de los diversos niveles de industrialización, las diferencias en la estructura de la propiedad de la tierra o la disparidad comarcal que registran los índices de analfabetismo. El segundo factor que complica la articulación regional del republicanismo catalán arranca de la permanencia de las actitudes cerradas y autosuficientes de sus diversos núcleos, de la tendencia, generalizable a toda la política catalana, a la atomización, al encuadramiento en peñas y tertulias caracterizadas por la ausencia de rigidez y de continuidad. En el seno de la cultura republicana este proceder, que tuvo su rectificación coyuntural, en 1903, con la homogeneización lograda en la Unión Republicana, podía llegar a justificarse a través de la permanencia de una difusa herencia federalista que, como señaló Ucelay Da Cal, permitía *retenir el poble o el barri (...)* com una font de lleialtat que rivalitzava amb la regió¹². Por último, las carencias organizativas del republicanismo catalanista tendrán mucho que ver con la incapacidad para dotarse de un liderazgo carismático. En Prat de la Riba, los regionalistas encontrarán pronto al dirigente eficaz capaz de diseñar estrategias plausibles para avanzar en la consecución de la hegemonía política en el seno de la comunidad catalana y al individuo en quien las masas «sanas» del país podían reconocerse e identificarse. Así mismo, Alejandro Lerroux vino a cumplir con gran eficacia el liderazgo de buena parte de las huestes republicanas¹³. Sin

¹¹ El proceso de *erosión de las múltiples organizaciones locales de pequeño tamaño y gran densidad de vinculación*, inherente a la eclosión de un proyecto nacionalitario, se da en Cataluña con lentitud. E. GELLNER, *op. cit.*, p. 115. Los celos comarcales en J. LLORENS, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític* (Barcelona: 1992), pp. 63ss.

¹² E. UCELAY DA CAL, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)* (Barcelona: 1982), pp. 55 y 75.

¹³ J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (Madrid: 1990) pp. 229 ss.

embargo, también en este punto los republicanos catalanistas, cuando hagan su aparición algunos años más tarde, van a quedar descolgados. En 1909 habrán creído encontrar en Pere Coromines el Lloyd George catalán. Pero su incapacidad por convertirse en una figura carismática resulta patética. A pesar de venir acompañado de una aureola popular, forjada en el proceso de Montjuïc, nada despreciable, su inconstancia y una serie de errores tácticos le llevan a dilapidar su proyección política. Coromines no será una personalidad eficaz, en el sentido de que no consigue ni generar unos modos de acción e interacción operativos, ni crear una organización estable¹⁴.

El republicanismo catalán, y aún el explícitamente catalanista, aparecerá, pues, fragmentado hasta los años treinta¹⁵. Ni el crecimiento registrado hacia 1907, en el contexto de la Solidaridad Catalana, ni la fundación de la Unión Federal Nacionalista Republicana rompen con una tónica marcada por la incapacidad para llevar a cabo la articulación entre el núcleo barcelonés y los centros comarcales. Sólo la Esquerra Republicana de Catalunya, un partido de militancia indirecta que mostró un gran respeto a los intereses de los grupos de presión local y comarcal, resolvió satisfactoriamente este conflicto. Y aún entonces el proceso no estuvo exento de complicaciones y recelos¹⁶. En cualquier caso, las dificultades para concretar un ámbito republicano catalán no anulan la constatación del salto registrado con el cambio de siglo. Fue entonces cuando se impuso la perentoriedad de repensar la acción política y de adecuarla a la emergencia de esa realidad intermedia entre municipio y estado que era la región.

El segundo ámbito organizativo en el que el catalanismo aceleró las novedades fue en el de la sociabilidad formal amplia. Es decir, en el de los centros, ateneos y sociedades recreativas. También en este aspecto los partidos republicanos habían dado, desde finales de los años 80, un salto cuantitativo y cualitativo. Amparándose en la Ley de Asociaciones, de 1887, y respondiendo a una creciente demanda de servicios, los republicanos catalanes abrieron nuevos locales, o ampliaron los antiguos, en la mayor parte de las localidades del país. La biblioteca, la

¹⁴ R. MARTIN ARRANZ, «El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo», en J. ÁLVAREZ JUNCO, *Populismo...*, pp. 73-99.

¹⁵ J. B. CULLA sostiene que: *Només als anys trenta, crec, es registraran avenços perceptibles en el procés d'homogeneïtzació política a Catalunya*; en C. Mir (ed.): *Actituds polítiques i control social a la Catalunya de la Restauració (1875-1923)* (Lleida: 1989), p. 130.

¹⁶ JOAN CASANELLES, *Memòries i biografia (1904-1986)* (A cura de J. B. Culla i Clarà) (Barcelona: 1991), p. 91.

sala de lectura y el café acompañaban a las secciones de canto coral o de teatro aficionado. El baile y el juego continuaron siendo las principales actividades lúdicas desarrolladas en los centros republicanos. Pero, al mismo tiempo, se potenciaron los servicios asistenciales, cooperativos y educativos¹⁷. Todo ello, sin embargo, pasará a ser ofrecido por las asociaciones catalanistas. Mucho más interclasistas que los antiguos casinos conservadores, las entidades catalanistas no sólo no eludían estas actividades sino que las potenciaban y aún las ampliaban con aquellas otras que, como el excursionismo, tendían a satisfacer las nuevas necesidades de ocio al tiempo que posibilitaban el descubrimiento del país¹⁸. Las sociedades catalanistas contaban con el beneficio de ofrecer un mundo de referencias que no era extraño a la mentalidad urbana, popular y mesocrática, de aquellos años. En los centros nacionalistas el canto coral o las representaciones teatrales diferían poco, inicialmente, de los que tenían cabida en los centros democráticos. Las arias wagnerianas o verdianas, los himnos de Clavé, incluso las piezas breves y menos complicadas de Santiago Rusiñol o de Ignasi Iglesias, formaban parte del repertorio tanto de los centros republicanos como de los catalanistas.

La sociedad catalanista no sólo incorporaba con naturalidad los referentes culturales propios de la época, sino que además gozaba de una ventaja adicional. Frente al carácter popular y populista de los círculos republicanos, la asociación regionalista resultaba atrayente para unas clases medias que anteriormente gravitaron alrededor del republicanismo¹⁹. Dotadas de un fuerte sentido imitativo respecto de los comportamientos sociales y las formas de ocio de la gran burguesía, las clases

¹⁷ J. TARDÀ, *Republicans i catalanistes al Baix Llobregat a principi del segle XIX* (Barcelona: 1991), p. 34. M. M. SOLÉ, «Acció social del Centre Republicà de Santa Coloma de Queralt (1873-1939)», en *Aplec de Treball* n.º 9 (Montblanc: 1989). J. A. CARBONELL, *Molins de Rei: vida social i política (1868-1939)* (Barcelona: 1991), p. 300.

¹⁸ UCELAY DA CAL explica la capacidad de la cultura cívica del regionalismo burgués para abrirse hacia la izquierda por su flexibilidad para incorporar *las formas de acción cívica, de asociacionismo como mútuas médicas o escolares, ateneos populares, cooperativas de producción o de consumo o hasta formaciones corales o grupos excursionistas, que caracterizan la vida social catalana desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante*; «Castelao y Cataluña: semejanzas engañosas», en J. G. BERAMENDI y R. VILLARES (eds), *Actas Congreso Castelao* (Santiago de Compostela: 1989), p. 316.

¹⁹ Para el peso mesocrático en la élite republicana: J. CLARA, *El federalisme a les comarques gironines (1868-1874)* (Girona: 1986), p. 187; P. ANGUERA, *Propaganda política i processos electorals al Baix Camp: 1869-1873* (Reus: 1985), p. 218; B. PEÑARRUBIA, *Mallorca davant el centralisme (1868-1910)* (Barcelona: 1980), p. 53; R. A. GUTIÉRREZ LLORET, *op. cit.*, pp. 43 ss., y A. DUARTE, *Possibilistes i Federals*, pp. 5-11.

medias —que como en el conjunto de la Europa occidental vivieron, en esos años, un rápido proceso de toma de conciencia y pasaron a desarrollar un creciente activismo—²⁰ vieron en el centro catalanista un mecanismo que las alejaba del contacto con unos sectores populares de gusto vulgar y les permitía emular a las élites dirigentes y, en no pocos casos, convivir directamente con ellas²¹. Un exponente claro de esta capacidad de atracción nos lo facilita el mundo de los trabajadores de cuello duro. Los jóvenes dependientes del comercio barcelonés, procedentes de la migración interna catalana, constituyeron un sector social que encontró en el discurso y en la sociabilidad nacionalista una respuesta a la disyuntiva entre sus expectativas de promoción social y la lógica de la reivindicación sindical²².

El dinamismo del catalanismo finisecular no se reflejó únicamente ni en la proliferación de centros regionalistas ni en la articulación de éstos en plataformas amplias como la Unió Catalanista²³. El empuje de las nuevas generaciones de catalanistas les llevó a forzar su entrada en las principales instituciones sociales y culturales del país en una estrategia diseñada para concretar la hegemonía catalanista en el seno de la sociedad civil²⁴. Frente a la iniciativa regionalista, el republicanismo se situó a la defensiva. El éxito de las sociedades catalanistas obligó a las

²⁰ G. CROSSICK, «The Petite Bourgeoisie in Nineteenth-Century Europe: Problems and Research», en KLAUS TENFELDE (ed.), *Arbeiter und Arbeiterbewegung im vergleich* (München: 1986), pp. 227-277.

²¹ Las listas de participante y/o adherentes a las Asambleas catalanistas, a partir de 1892, nos permiten una aproximación a la base social del nacionalismo. A los efectos de la hipótesis que aquí se defiende, conviene remarcar la elevada presencia de profesionales liberales y de pequeños comerciantes. También, de estudiantes y de trabajadores de cuello duro. Finalmente, cabe destacar la presencia de representantes de los oficios artesanales y de la menestralía. B. DE RIQUER, *Lliga Regionalista: la burguesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)* (Barcelona: 1977), pp. 50-51; *Bases per a la Constitució Regional Catalana. Manresa, març de 1892* (facsimil. Vic: 1991), pp. 7-17; y, J. LLORENS, *La Unió Catalanista...* El autor de estas líneas ha tenido en cuenta los análisis que, en esta misma línea, está realizando el profesor Joan-Lluís Marfany.

²² E. UCÉLAY DA CAL, en DANIEL CARDONA, *La Batalla i altres textos* (Barcelona, 1984), esp. pp. IX-X. Y, M. LLADONOSA, *Catalanisme i moviment obrer: el CADCI entre 1903 i 1923* (Barcelona, 1988).

²³ BORJA DE RIQUER, *op.cit.*, pp. 43 ss. ISIDRE MOLAS, *Lliga Catalana: Un estudi d'Estadística v. I* (Barcelona: 1973 2a.), pp. 27 ss. J. LLORENS, *Catalanisme i moviments nacionalistes contemporanis (1885-1901)* (Barcelona: 1988); JORDI TÒUS, *La formació del catalanisme polític a Reus: «Lo Somatent» (1886-1903)* (Reus: 1988), y MERCÉ COSTAFREDA, *Orígens del catalanisme a Tarragona (1900-1914)* (Tarragona: 1988).

²⁴ J. CASASSAS, *L'Ateneu Barcelonès. Dels seus orígens als nostres dies* (Barna: 1986), pp. 68 ss.

entidades republicanas a la redefinición en diversas direcciones. La primera, minoritaria, consistirá en potenciar el carácter burgués y ciudadano de sus círculos. Es decir, en forzar la imbricación de la entidad en el seno de la vida local a través de una vinculación más estrecha con los grupos de presión económicos —cámaras de comercio e industria o de la propiedad territorial— y sociales —ateneos científicos—, y de la reformulación del contenido de sus actividades. Ello fue posible, únicamente, en aquellas ciudades o pueblos en donde el republicanismo conservador constituía una verdadera facción ciudadana vinculada a los sectores más emprendedores de la economía local.

Una segunda dirección, también minoritaria, vendrá representada por la aparición de una serie de centros que pasan a adjetivarse como españoles o nacionales. De los quince centros republicanos barceloneses que, en el cambio de siglo, no pueden vincularse a ninguna de las familias republicanas, seis de ellos escogen esos adjetivos para identificarse. Aunque desconocemos la composición de estas entidades la hipótesis de que nos encontremos ante la respuesta de sectores de población española vinculados a la administración del Estado no parece verosímil. Sobretudo si atendemos a los apellidos de los presidentes o secretarios de dichos centros: Puig, Vilalta, Pons, Gispert, Puiggener o Vicens²⁵.

En la mayoría de los casos la redefinición aludida llevará a las entidades republicanas a reforzar su vertiente popular, a intentar desarrollar una mayor capacidad de atracción hacia las clases subalternas. Para ello, contemplarán iniciativas tan diversas como la de establecer condiciones económicas específicas —cuotas reducidas, sociedades de socorros mútuos o subscripciones filantrópicas— o la de dotar de un mayor radicalismo su oferta cultural y de ocio. En esos años, y atendiendo otra vez a Barcelona, también destaca la aparición de círculos republicanos que escogen para su definición los calificativos de socialista, obrero o popular. La culminación de esta línea de trabajo no llegará hasta los primeros años del siglo xx y de la mano del nuevo líder Alejandro Lerroux. Pero, en cualquier caso, el inicio del camino se detecta en los años anteriores a su llegada a Barcelona y como consecuencia tanto del recrudecimiento de los conflictos de clase como de la competencia que empezaban a representar las entidades catalanistas.

²⁵ A. DUARTE, *El republicanisme...*, pp. 167-168.

La delimitación progresiva de los ámbitos de incidencia de las organizaciones catalanistas y republicanas entró en una fase decisiva con las agitaciones económicas que tuvieron su punto culminante en el movimiento del *tancament de caixes*. A lo largo de la década de 1880 ya pudo detectarse un lento proceso de decantación de las influencias políticas, en favor del catalanismo, en el seno de las mobilizaciones sociales y económicas que venían a combatir los reales o supuestos agravios del estado centralista. Haciendo un sucinto recorrido, podríamos observar como en 1881 las campañas proteccionistas, organizadas por el Fomento de la Producción Española, contaban con la presencia destacada de viejos y nuevos republicanos: Manuel Angelón, José Roca y Roca, Valentín Almirall o Eusebio Corominas. En 1886 quien impulsaba el míting era el Centre Català, presidido por un Almirall que había cortado con el federalismo pimargalliano²⁶. Por entonces, los republicanos tenían que llevar a cabo delicados equilibrios verbales para sostener al mismo tiempo las alianzas coyunturales con el catalanismo y preservar su acendrada españolidad. Hacia 1889, quien organizaba los actos —en este caso en Reus, para protestar ante el nuevo Código Civil— era la Associació Catalanista, y a los republicanos poco espacio les quedó para presentar un proyecto autónomo²⁷. Subordinación o exclusión, ésa era ya la disyuntiva.

Diez años más tarde, en el *tancament de caixes*²⁸, y a pesar del papel relevante del diputado republicano Juan Sol Ortega, quienes rentabilizaron la movilización ciudadana fueron los catalanistas. La sintonía entre las entidades económicas y el regionalismo posibilista, a la que no era ajena la concordia y la convivencia previa en el seno de las asociaciones catalanistas, contribuye a forjar la hegemonía política del nacionalismo en los medios burgueses y menestrales. Por contra, las sociedades republicanas, en esos mismos años, canalizan sus energías en una campaña de signo alternativo. Los círculos republicanos —en especial los izquierdistas— actúan, desde 1897, como punta de lanza de la campaña por la revisión del proceso de Montjuïc. En gran medida, este movimiento refuerza la hipótesis según la cual el republicanismo se veía obligado a consolidar, en términos de cultura política y de organi-

²⁶ J. J. TRIAS VEJARANO, *Almirall y los orígenes del catalanismo* (Madrid:1975), pp. 294 ss. JOSEP M. FIGUERES, *Valentí Almirall. Forjador del catalanisme polític* (Barcelona: 1990), pp. 162 ss.

²⁷ *Gran manifestación proteccionista celebrada el día 26 de junio de 1881* (Barcelona: 1881). «Las Circunstancias», Reus, 28.VII.1886, pp. 1-2.

²⁸ BORJA DE RIQUER, *op. cit.*, pp. 142-154.

zación, su presencia entre los trabajadores urbanos en unos momentos en los cuales la pequeña y mediana burguesía hallaba en el catalanismo un nuevo referente político²⁹.

No quisiera acabar estas reflexiones sobre la interacción en el terreno organizativo sin referirme brevemente a la actitud republicana frente a una de las plataformas de proyección cultural más significativas del movimiento catalanista: los Juegos Florales. A pesar de estar éstos sumidos en un proceso de relativa decadencia y de verse criticados por la nueva generación de escritores y artistas modernistas que colaboraban en «L'Avenç», en cambio los juegos florales que se convocaban en barrios y pueblos devienen, en los años 1890 y en especial a partir de 1900, un mecanismo de vehiculación de la cultura de la pequeña burguesía y de la menestralía. Y, en la medida que la actividad literaria encerraba una fuerte carga política, perseveraron en su función de dotar de referentes míticos al nacionalismo, al mismo tiempo que servían de cohesionadores de las diversas tradiciones que convergían en el catalanismo³⁰.

La colaboración republicana en el seno de los Juegos Florales había sido un hecho durante el Sexenio y los primeros tiempos de la Restauración. Almirall o Vallès y Ribot intentaron durante décadas que los juegos permitiesen *la identificació suprapartidista amb Catalunya, en nom «del renaixement català»*³¹. Aún reparando en la inequívoca significación conservadora del lema que presidía los certámenes —*Patria, Fides, Amor*— quisieron, hasta bien entrada la década de 1890, forzar la apertura de los juegos a la diversidad ideológica presente en la sociedad catalana. También en este caso la dinámica finisecular les será adversa. La imbricación de los certámenes literarios locales con una u otra agrupación regionalista, proceso que adquiere mayor peso a medida que se acerca el cambio de siglo, les dota de una función eminentemente propagandística. Certamen y centro catalanista se alimentan y sostienen mutuamente, y, en consecuencia, los elementos republicanos renuncian a mantener una presencia activa en dichas plataformas culturales³².

²⁹ Las vacilaciones en el federalismo provocaron su ruptura y, posteriormente, el decantamiento popular en favor del lerrouxismo; J. A. CARBONELL, *op. cit.*, p. 201. A. LÓPEZ ESTUDILLO, «Federalismo y mundo rural en Cataluña (1890-1905)», en *Historia Social* 3 (Valencia: 1989), pp. 26-28.

³⁰ MANUEL JORBA, «Els Jocs Florals», en Riquer/Comas/Molas (dir.), *Història de la Literatura Catalana* v. VII (Barcelona: 1986), pp. 123-151. También, «Pròleg» de JORDI CASTELLANOS al libro de M. Casacuberta y Ll. Rius, *Els Jocs Florals d'Olot (1890-1921)* (Olot:1988). Y, V. CACHO VIU, *Els modernistes i el nacionalisme cultural (1881-1906)* (Barcelona: 1984), esp. pp. XI-XIII.

³¹ M. JORBA, *art. cit.*, p. 138.

³² M. CASACUBERTA-L. RIUS, *op. cit.*, pp. 19 ss.

El impacto ideológico

Si el catalanismo incidió en el proceso de modernización de las estructuras políticas del movimiento republicano, no fué menos significativo su impacto ideológico. La cultura nacionalista finisecular, aquella que forjan los jóvenes Prat de la Riba y Duran i Ventosa a partir de una herencia plural que incluye el referente católico de Torras y Bages y el laico de Almirall, ya no codifica su cuerpo de doctrina en base a los postulados románticos de la primera mitad del siglo³³. El positivismo cientifista y el psicologismo social permiten matizar el etéreo principio de las *almas nacionales*. Podríamos convenir, siguiendo a Hobsbawm, que el nacionalismo que se desarrolla en Europa entre 1870 y 1914, se basa en gran medida en la potenciación de una conciencia étnica homogénea y, fundamentalmente, de la seguridad en la superioridad del propio grupo nacionalitario³⁴. En el caso catalán, sería la creencia en un *Volkgeist* propio, diferenciado —más moderno y, por ello, superior al de las demás comunidades peninsulares— lo que sostendría el discurso nacionalista. Es el substrato espiritual y psicológico, susceptible de verificación científica, el que permite afirmar la existencia de la nación catalana³⁵.

A finales de la década de los ochenta y a lo largo de los noventa, el catalanismo contribuyó a popularizar la idea de que los catalanes pertenecían, en términos antropológicos, a una cultura diversa de la del resto de españoles. Lo que cuajó, y en ello cabe revalorizar el papel de las campañas proteccionistas, fue la tesis de que los catalanes poseían un modo de conducta propio, un espíritu plenamente capitalista basado en el sentido común y el gusto por la productividad³⁶. El amor por el trabajo y el orden, el carácter emprendedor y amante de la modernidad, contrastaban con la formas de vida y los valores de una España-castellana vista como globalmente retardataria³⁷.

³³ V. CACHO VIU, «Proyecto de España en el nacionalismo catalán», *Revista de Occidente* 97 (VI.1989), pp. 6-8.

³⁴ E. J. HOBSBAWM, *La era...*, pp. 143 ss., y *Naciones...*, pp. 111-140.

³⁵ J. R. LLOBERA, «La formación de la ideología nacionalista catalana. La idea de *Volkgeist* com a element definidor», en *L'Avenç* 63 (IX.1983), pp. 24-35. Verificación en V. CACHO VIU, *art. cit.*, p. 7.

³⁶ JESÚS PABÓN, *Cambó y. I 1876-1918* (Barcelona: 1952), pp. 100-111. M. IZARD, *Manufactureros, industriales y revolucionarios* (Barcelona: 1979), pp. 84-141. J. NADAL FARRERAS *et. alt.*, *El Memorial de Greuges i el catalanisme polític* (Barcelona: 1986). J. R. LLOBERA, *art. cit.*, p. 28.

³⁷ El uso de categorías binarias catalán-castellano polarizó la distinción y limitó el encuentro entre culturas y sociedades diferentes. Esta distinción de valores, que ocupa el núcleo de la teoría nacionalista, acaba dotándose —en un contexto positivista— de una aureola de verdad científica. Se trata de un proceso que reviste significativas similitudes con el que tiene lugar en otras cons-

Para sustentar esa conciencia colectiva diferenciada se recurre a la mitificación del pasado. Esta labor, iniciada por la historiografía romántica, llega a un punto culminante a finales de siglo. Y, sobre todo, se divulga con las obras de Aulestia i Pijoan. La democracia catalana medieval, la revuelta de 1640, los bandoleros populares o los defensores de Barcelona en septiembre de 1714, son algunos de los ejes centrales sobre los que se construye un pasado glorioso de liberalidad, progreso material y resistencia a la opresión centralista³⁸.

¿Cómo y con qué valores responden los republicanos a esta avalancha de argumentos particularistas? La respuesta, ciertamente, no es fácil, ni tampoco unívoca. La cultura republicana no se movía con comodidad tratando de interpretar el pasado en términos presentistas. Tanto durante el Sexenio como en los primeros años de la Restauración, se dan ejemplos concretos del uso selectivo de ciertos referentes míticos y de la configuración de una patología propia³⁹. Pero, en general, el discurso republicano se proyectaba hacia un futuro libre y armónico presidido por el uso de la razón y rehuía moverse en la confortable creencia de una pretérita edad de oro que habría que recuperar⁴⁰. Que no les re-

trucciones teóricas que tienden a reforzar, y esquematizar, las diferencias culturales entre diversas sociedades, así como a asegurar la preponderancia y el sentimiento de superioridad de unas sobre otras. Cf. E.W. SAID, *Orientalisme. Identitat, negoció i violència* (1978) (Vic: 1991), pp. 54-55.

³⁸ «Catalunya mite a mite», en *L'Avenç* 150 (VII-VIII. 1991). Las primeras fases de la creación idealizada del pasado en J. M. FRADERA, «El passat com a present (la historiografia catalana de la revolució liberal a la Renaixença)»; en *Recerques* 23 (Barcelona: 1990), pp. 53-71. Aulestia en la historiografía catalana en EVA SERRA, «Una aproximació a la historiografia catalana: els antecedents», en *Revista de Catalunya* 26 (Barcelona: 1989), pp. 42-45.

³⁹ J. TERMES, *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo* (Barcelona: 1976), p. 81. El mito del bandolero Joan Serrallonga no es extraño a la cultura republicana. Las representaciones de la pieza teatral de VÍCTOR BALAGUER, *Don Juan de Serrallonga o los bandoleros de las Guillertías*, son anunciadas con interés por la prensa federal; cf. B. PEÑARRUBIA, *op. cit.*, p. 120. Por su parte, Enrique Rodríguez Solís contribuirá a la transformación del cliché del bandolero liberal-patriótico, propio de Balaguer, en un nuevo prototipo en el que encuentra las raíces del socialismo autonomista; «La Ilustración Republicana», Madrid, 23.XII.1871, y *Historia del Partido Republicano Español* (Madrid: 1892-93) v. I, pp. 391-394. (He de agradecer a Xavier Torres las referencias anteriores así como sus sugerentes reflexiones).

⁴⁰ El régimen republicano se había venido presentando como un proyecto político de raíces científicas. Éste no es un rasgo privativo del republicanismo español, sino que se corresponde plenamente con los discursos articulados en los países de la misma área geográfica. Véase A. CARVALHO HOMEM, *A Ideia Republicana em Portugal. O Contributo de Teófilo Braga* (Coimbra: 1989), pp. 221-232, y C. NICOLET, *L'idée républicaine en France. Essai d'histoire critique* (París: 1982), pp. 309-324. Para el caso español, J. ÁLVAREZ JUNCO, «Racionalismo, romanticismo y moralismo en la cultura política republicana de comienzos de siglo», en J. L. GUERENA-A. TIANA (ed.), *Clases populares, cultura, educación (siglos XIX-XX)* (Madrid: 1989), pp. 355-375; y D. CASTRO ALFÍN, «Jacobinos y populistas...», pp. 197 y 202 ss.

sultara cómodo no quiere decir que no vieran la necesidad de jugar a la apelación de símbolos tradicionales de indudable valor emotivo. En unos momentos en que, conjuntamente con los regionalistas, los republicanos canalizan y estimulan una nueva actitud ciudadana frente a la actividad político-electoral⁴¹, en una coyuntura en la cual la política de élites parece dejar paso a la política de masas estos recursos devienen imprescindibles⁴². Pero su construcción es lenta y penosa y, a menudo, les lleva a situarse a remolque de la retórica catalanista. En efecto, algunos republicanos catalanes serán seducidos por la autocomplaciente visión de una sociedad honesta y trabajadora, dinámica e industrial, oprimida por un estado burocrático que representa los intereses más arcaicos de las regiones agrarias y atrasadas. No es extraño encontrarse con intervenciones de republicanos del estilo de la siguiente: *La situació de Catalunya unida ab Espanya, es a poca diferencia de la situació d'un home honrat, laboriós, desitjós de cumplir sos debers, casat ab una dona vana, dropa y malgastadora. Pero, senyors; d'aquest matrimoni n'han nascut molts fills, s'han creat molts interessos comuns, y, per consegüent (es opinió meua) deu ferse tot lo possible pera evitar lo divorci o calsevol rompiment extrepitós*⁴³.

También es cierto que otros republicanos, por el contrario, intentarán una doble operación alternativa. Entre la izquierda popular, república, justicia social, federalismo o revolución devendrán voces de un discurso que se aleja tanto de la racionalidad abstracta como del análisis concreto de la realidad para pasar a operar en tanto que mitos. Todo ello al mismo tiempo que se intenta presentar esas luchas catalanas como una manifestación más de los combates de los pueblos de España por la libertad. Las comunidades o las germanías, se presentan como fenómenos paralelos de una lucha conjunta contra un monarquía que sería el paradigma del poder despótico, en relación a los derechos individuales, y, en un sentido más amplio, de mecanismo legitimador de la opresión social⁴⁴.

⁴¹ En relación a la política barcelonesa, J. B. CULLA, *art. cit.* en C. Mir (comp.) y P. GABRIEL, *art. cit.*, en *Las ciudades...*

⁴² Los rasgos de esta reconversión no son privativos del republicanismo; véase S. TORRES BALLESTEROS. «El populismo. Un concepto escurridizo», J. ÁLVAREZ JUNCO (comp.), *Populismo...*, p. 170.

⁴³ «Las Circunstancias», Reus, 28.VII.1886, p. 2.

⁴⁴ «La Montaña», Manresa, 6 y 13.II.1887: *A ese conjunto de separatistas que reniegan de Castilla, creyendo que de este modo defienden más noblemente la causa de Cataluña, el martirio del valiente castellano D. Juan de Padilla y sus dos compañeros de desgracia y de inmarcesible gloria. Bravo y Maldonado, ha de servirles de poderoso ejemplo, para que re-*

Especial interés reviste la reacción republicana a la progresión de la idea de *Volkgeist* como elemento definidor de una realidad nacional. Podemos afirmar que, inicialmente, tal principio repugnó a unos individuos que, como fieles herederos del legado de la Revolución de 1789, sostenían como el motor de la dinámica social la voluntad general del pueblo⁴⁵. Este rechazo cabría hacerlo extensible a aquellos republicanos que, como Vallés y Ribot, veían en el regionalismo una línea de desarrollo de los movimientos federales que provenían del sexenio y un medio para sacar de la atonía a la oposición antidinástica. No obstante, en pocos años el movimiento republicano sufrirá una ruptura importante. La repugnancia ante los principios filosóficos del moderno catalanismo remite entre aquellos que habían empezado por señalar tan sólo la virtualidad táctica del regionalismo. En las primeras décadas del siglo, una franja de la democracia catalana asumirá una actitud doctrinal ecléctica. Así, la izquierda catalanista sostendrá un precario equilibrio entre la idea de la nación como comunidad de hombres libres y aquella otra que entendía la nación como una realidad preexistente que habría surgido de la confluencia de unos ciertos factores estáticos (clima, paisaje, carácter) y de un proceso histórico diferenciado⁴⁶.

Todo ello ocurre una vez se ha entrado en el nuevo siglo, y siempre en la medida en que la previa definición doctrinal del nacionalismo permite dar el salto a lo que Cacho Viu ha designado como *pluralismo político intra-catalán*. Pero inmediatamente antes —hasta 1902-1903—, la hostilidad a un proyecto político que tendía a convertir a la nación catalana *en una instancia ética viva y su «destino» en un proyecto moral superior*, la no aceptación de un discurso que colocaba a la nación por encima de la voluntad de los individuos constituye el trasfondo de la recuperación, por parte del grueso del republicanismo finisecular,

conozcan que no es solamente la tierra catalana la víctima inmolada en aras de la centralización madrileña, sino que también lo han sido y continúan siéndolo todavía las regiones españolas que en defensa de su autonomía municipal y regional han aportado al arsenal inmenso de la historia patria infinidad de mártires, que han dado noblemente su vida y su sangre para defender los derechos que Cataluña pide para sí y sus hermanas.

⁴⁵ Tras el salto nacionalista del referente romántico al positivismo cientifista, sus instrumentos de aproximación a la realidad eran similares a los de los republicanos. La identidad epistemológica, la común confianza en el análisis científico, supuso para éstos un grave inconveniente en el momento de explicitar su oposición a la doctrina del *Volkgeist*.

⁴⁶ La superación de esta antinomia se resolvería, idealmente, gracias a una cultura cívica que permitiría a los catalanes adecuar su voluntad colectiva a los hechos dados. E. UCÉLAY DA CAL, *La Catalunya populista...*, pp. 17-19.

de la lógica pimargalliana que basándose en el individuo tenía como concreción política más deseable al municipio⁴⁷.

El catalanismo, como manifestación concreta de nacionalismo *fin-de-siècle*, potencia la exaltación de aspectos emotivos, capaces de crear nuevos motivos de solidaridad en el seno de la comunidad. Pero, al mismo tiempo, desarrolla nuevas formas de agresividad colectiva, implementa una lógica de la exclusión del no-nacional/-ista. La dicotomía buenos-malos catalanes, identificando a los primeros como los partícipes del catalanismo, abre paso a la creación de un frente interior. Y éste es un proceso relativamente rápido. Un suelto extraído del semanario nacionalista «Patria Nova», editado en Reus durante los primeros años del siglo, ilustra sobre sus características: *Copièem de «El Eco de Badalona»: «La prensa barcelonesa ha dicho que el indiscutible candidato de Lerroux para ocupar la primera tenencia de Alcalde del futuro Ayuntamiento de Barcelona es el señor Giner de los Ríos, habiendo de resultar inútiles cuantas gestiones se hagan en otro sentido, pues el señor Lerroux no está dispuesto a ceder por nada ni por nadie. Añádese que otro de los que trata de favorecer con una de las principales brevas concejiles será el señor Pinilla. Y susúrrase también que ocuparán tenencia de alcaldía los señores Odón de Buen y Zurdo de Olivares. Nada, que entre castellanos anda el juego, en la misma capital o sea en el mismo corazón, en el mismo centro de la tierra catalana. Es decir, que no somos nada dentro de casa.» Pero vosaltres no podeu dir res, perquè mansament vos ajupiu a usar una llengua forastera*⁴⁸.

Se empieza por excluir de la comunidad ideal a los políticos de procedencia no catalana, obviando el hecho que algunos de ellos formaban parte de la historia más reciente de la vida democrática barcelonesa y catalana. Es el caso, sin ir más lejos, del profesor universitario Odón de Buen o del dirigente ferroviario Zurdo Olivares⁴⁹. Pero, se avanza también en un segundo nivel: el idiomático; los buenos catalanes, son

⁴⁷ V. CACHO VIC, *art. cit.*, pp. 18-21. Cita de F. J. LAPORTA. «La quimera del nacionalismo», en *Claves de razón práctica* 14 (VII-VIII.1991), p. 40. Para el municipalismo, A. DUARTE, *El republicanisme...* pp. 102-105. De forma más esporádica podemos encontrar invocaciones al internacionalismo obrero; J. SALAS ANTÓN en *Primer Congreso Cooperativo Regional Catalano-Balear (...)* Barcelona 23-25.V.1899 (*libro de Actas y acuerdos*) (Barcelona: 1902), pp. 165-167.

⁴⁸ «Patria Nova», Reus, 21.XII.1905, p. 292.

⁴⁹ Josep ARQUÉS, *Cinc estudis històrics sobre la Universitat de Barcelona (1875-1895)* (Barcelona: 1985), pp. 19-66, y Jordi PRADAS, «Luís Zurdo de Olivares: entre l'obrerisme i el radicalisme», en *Revolució i Socialisme* (Colloqui Internacional, 14-16.XII.1989) (UAB: 1989) v.II, pp. 287-301.

aquellos que ejercen como tales. Y, el uso público de la lengua autóctona deviene el paradigma del ejercicio consciente y militante de la catalanidad. El problema, por tanto, no radicaría en la demonización de Lerroux, en su conversión en chivo expiatorio, sino en la supuesta irresponsabilidad nacional de un movimiento que opta por mantener unas formas distintas a las del catalanismo en materia de consenso interno. La agresividad catalanista, relacionada con las dificultades que presenta el proceso de cohesión de la comunidad imaginada, impacta directamente sobre la cultura republicana y permite entender la virulencia de su respuesta.

Habitualmente, se ha venido explicando la cesura republicanos/catalanistas en base a la identificación que los primeros realizaban entre nacionalismo, reacción y clericalismo⁵⁰. Aún siendo éste un argumento central tanto para explicar la cesura indicada como para razonar las características y los porqués de la revitalización del anticlericalismo, este elemento no puede llevar a ocultar otro factor central del rechazo republicano al catalanismo. No es ya que fuesen conservadores, es que los querían expulsar de la colectividad a la que creían pertenecer. O así lo percibían aquellos republicanos que recibían de los elementos solidarios, a mediados de la primera década del siglo, los epítetos de *descastats, femta forana y moros*⁵¹.

Un terreno en el cual, a finales de siglo, esta dinámica descrita se puso de manifiesto fue en el de las polémicas derivadas del proceso de implantación de la lengua catalana, no ya en la vida institucional o en el seno de la sociedad sino en el interior del movimiento republicano. Un joven representante de la izquierda federal, vinculado a los ambientes obreristas y libertarios, Ignasi Bo i Singla, denunciaba agriamente, en 1892, el acuerdo del Centro Federal de declarar al catalán idioma oficial de la entidad⁵². Bo no se oponía al uso del catalán en el seno de

⁵⁰ Existe una línea historiográfica que niega dicho enfrentamiento; J. TERMES, *De la Revolució de Setembre a la fi de la Guerra Civil. 1868-1939* (Barcelona: 1987), p. 183. Sin embargo, creo que, en base a testimonios escritos en aquellos años, puede sostenerse lo contrario. GUELL I MERCADER, en un escrito de 1902 destinado a tender puentes, aseguraba *l'aversió que molts demòcrats y republicans mostran al regionalisme y al Catalanisme*; reproducido en «Pàtria Nova», 21.IX.1905, pp. 219-220. J. CULLA, «Lerrouxismo y nacionalismo catalán 1901-1923: elementos para una interpretación», en *España 1898-1936: Estructuras y cambio* (Madrid: 1984), pp. 425-432, y *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* (Barcelona: 1986), p. 51.

⁵¹ J. DE LA PURRIA (E. Navarro), *Separatismo solidario (La política en Cataluña)* (Barna: 1907), pp. 9 y 14.

⁵² A. DUARTE, *El republicanisme...*, p. 113.

la sociedad, y si rechazaba el acuerdo era por considerar que los socios tenían derecho a expresarse en el idioma que desearan. Se oponía en la medida que ponía trabas a la convivencia de hombres y colectivos de procedencia y adscripción cultural diversa. Individuos que hasta ese momento componían una comunidad articulada por la fidelidad a un proyecto que ahora podía quebrarse por la introducción de un factor de diferenciación en su seno.

Procedencia geográfica y lengua jugaron un papel destacado en el momento de fijar las fronteras tanto interiores como exteriores. Pero, desde mi punto de vista sólo cabe entenderlos como la expresión fenomenológica de la lógica de la exclusión nacionalista. El trasfondo que la sustenta, tanto más inquietante a los ojos de determinados republicanos cuanto más susceptible de acabar influyendo en los demás, es otro. La exclusión no emerge de consideraciones étnicas ni, a nivel de discurso, clasistas. La frontera queda fijada entre aquellos que pueden asegurar que *sempre m'ha semblat que la catalanitat ja era dintre meu quan vaig néixer, com una flor que encara hagués de descloure's*, y aquellos que no sienten esa íntima identificación con el país. Es decir, se trataría de una exclusión basada en una perversión lógica que nace de la confusión entre el factor genético y el cultural, entre aquello que es esencial a la naturaleza humana y aquello otro que es adquirido. Es buen catalán quien al nacer ya lo siente en lo más íntimo de su ser, quien no se niega a sí mismo, quien no renuncia a *descloure la flor*. Lo es quien, en base a esa identificación, asume que sus obligaciones para con la nación catalana son previas y trascienden a cualquier otro imperativo ideológico⁵³.

Tanto en el nivel organizativo como en el ideológico, los republicanos se encontraron con una dificultad adicional para hacer frente con éxito al discurso catalanista. Como ya he señalado, España era el referente inequívoco del republicano catalán de principios de los noventa. Y lo era, en gran medida, a partir de la incontestable proyección internacional que, por contraste a la periférica referencia catalana, se le suponía. Sin ir más lejos, la defensa del castellano como patrimonio común se basaba en su dimensión internacional, en que, aunque en retroceso frente a otras lenguas europeas, constituía una garantía de cosmopolitismo. El catalán, tanto por razones demográficas como por la ausencia de una normativización coherente y asumida por todos sus

⁵³ M. GUINART, *Memòries d'un militant catalanista* (Barcelona:1988), p. 9. HOBBSBAMM, *Nacions...*, p. 17. A. MARVAUD, *L'Espagne au XX^e siècle* (Paris: 1915), p. 140. Véanse las reflexiones que, a propósito del concepto weberiano de sentimiento de pertenencia, hace Gérard NOIRIEL en «La question nationale comme objet de l'histoire sociale» en *Genèses* 4 (V.1991), pp. 72-94.

usuarios, arrastraba los lastres de una lengua de uso local y restringido. Tampoco puede olvidarse que en el republicanismo late, al lado de un patriotismo que hunde sus raíces en la identificación entre la unidad del estado y la progresiva democratización de la política, una voluntad de enlazar con los movimientos democratizadores que tenían lugar en amplias áreas del mundo. Y que, dicho enlace venía garantizado por el mantenimiento de la hegemonía del castellano como lengua de intercomunicación. Todo ello, sin embargo, parece quebrarse en los años del cambio de siglo. Con la crisis del 98 se hace evidente que el papel de España en el mundo —y, por lo tanto, el papel de una futura España republicana— se devalúa hasta el punto de explicar el desencanto de muchas de las ilusiones españolistas presentes en el discurso republicano⁵⁴. En el conjunto de España, dicha desilusión podía salvarse acogiéndose a la retórica regeneracionista. Pero en Cataluña, los republicanos sólo tenían dos alternativas: o impregnarse de la visión que ponía el acento en el papel del Principado en la regeneración de España o recluirse en un discurso españolista de escasa proyección en esos momentos.

En esos momentos, insisto, porque una década más tarde, en los años en que, a pesar de la débil diplomacia de los gobiernos dinásticos, el estado insiste en reactivar sus pretensiones en el norte de África, la recuperación del españolismo tendrá su público. Y ello, nos llevaría a una interpretación más ajustada del españolismo lerrouxista que, si bien encuentra en razones de tipo interior los motivos para esa recuperación, difícilmente hubiese podido articularse con fuerza de no ser por esas nuevas expectativas de proyección internacional a partir de la fidelidad a una nación común.

A modo de conclusión: voluntad popular y soberanía nacional

La Cataluña del cambio de siglo era una sociedad compleja en la que convivían rasgos tradicionales con unas nuevas realidades que empezaban a insinuarse y que, con diversos ritmos, se desarrollarían en los primeros treinta años del siglo xx. Nuevas realidades en los terrenos geográfico (articulación del territorio regional), institucional (espacio político autónomo, crisis de los partidos dinásticos) y social (toma de conciencia de las clases medias, proletarización y pérdida de *status* de las viejas familias de obreros especializados, terciarización). Es en

⁵⁴ S. SALAÜN-C. SERRANO (eds.), *1900 en España* (Madrid: 1991), p. 15.

ese contexto donde tiene lugar la configuración del moderno catalanismo político. Su eclosión incidirá abiertamente sobre el conjunto de las culturas políticas operativas.

En relación al republicanismo, su incidencia tendrá efectos radicales. En gran medida es la repercusión de lo nuevo sobre lo viejo, de lo dinámico frente a lo estático. El movimiento republicano que, por debajo de la política oficial, había generado en los primeros veinticinco años de la Restauración un rico entramado de clubs, centros de dirección política, sociedades librepensadoras, escuelas laicas y periódicos⁵⁵, llega exhausto a finales de siglo. Frente a la creciente autonomía de la agitación obrerista, responde tímidamente con vagas declaraciones programáticas que reproducen tópicos manidos⁵⁶. Ante la crisis del 98, se muestra incapaz de capitalizar el descontento popular y de aprovecharse de la debilidad del sistema monárquico⁵⁷. Incluso en el ámbito cultural e ideológico los republicanos se anclan en las viejas seguridades científicas y participan de la reacción popular contra el pensamiento heterodoxo (desde el naturalismo al decadentismo y el simbolismo). La ruptura entre vanguardia política y vanguardia cultural es, con matices, un hecho antes de acabar el siglo⁵⁸.

Por todo ello no es extraño que el difícil itinerario republicano tuviese siempre como referente último el progreso del catalanismo. Si las innovaciones y los cambios venían dados en gran medida a remolque de la dinámica exterior, ésta se transmuta con la eclosión del regionalismo. La gran fractura en el seno del republicanismo novecentista —y, por extensión, en esa cultura antioligárquica y anticlerical que, sin dar lugar a filiaciones concretas, se sentía atraída por el referente republicano—⁵⁹ ya no tendrá tanto que ver con la herencia del sexenio como con la creación de ese espacio político que impulsa el regionalismo. En la raíz de esa nueva fractura interior se encuentra la impregnación o el rechazo a un criterio que desnaturaliza los rasgos esenciales del discurso republicano construido en el medio siglo anterior: el principio de una identidad nacional que condiciona y limita la doctrina de la libre voluntad popular.

⁵⁵ P. GABRIEL, «El marginament del republicanisme i l'obrerisme», en *L'Avenç* 85 (IX.1985), p. 38. J. B. CULLA-A. DUARTE, *La premsa republicana* (Barcelona: 1990).

⁵⁶ J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador...*, pp. 140-141.

⁵⁷ C. SERRANO, *Final del Imperio. España 1895-1898* (Madrid: 1984), pp. 112-118.

⁵⁸ J. ÁLVAREZ JUNCO, «Racionalismo...», pp. 360-361.

⁵⁹ J. ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador...*, p. 340.